

Revista
Paraguay desde
las Ciencias Sociales



Grupo de Estudios Sociales sobre Paraguay

www.grupoparaguay.org
ISSN 2314-1638

Scopetta, Laura y Torres, Pablo

LA GUERRA DEL PARAGUAY EN LA RETINA DE LA IZQUIERDA ARGENTINA

Revista Paraguay desde las Ciencias Sociales, revista del Grupo de Estudios Sociales sobre Paraguay, nº 3, 2013, pp. 1-18

*Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Universidad de Buenos Aires
Argentina*

Disponible en: <http://www.grupoparaguay.org/revista>

RECIBIDO: MAYO 2013

ACEPTADO: OCTUBRE 2013

La guerra del Paraguay en la retina de la izquierda argentina

Laura Scoppetta

Universidad Nacional de Rosario

lscoppetta@hotmail.com

Pablo Torres (UNR-CEALC)

CEALC-Universidad Nacional de Rosario

pablo1986torres@hotmail.com.ar

Palabras Claves: Guerra del Paraguay, Nación, Izquierda, Progreso, Dependencia.

Resumen

En el siguiente artículo nos proponemos abordar las diferentes interpretaciones realizadas por las distintas corrientes de la izquierda argentina –durante las décadas de 1950 y 1960- acerca de la guerra del Paraguay. Para esto, tomaremos como ejemplo los casos de Álvaro Yunque, Jorge Abelardo Ramos y Milcíades Peña, teniendo como eje el concepto de “nación” elaborado por cada uno de ellos, así como su concepción del tiempo histórico.

The Paraguayan War from the retina of the Argentinean left

Keywords: Paraguayan War, Nation, Political Left, Historical Progress, Dependency.

Abstract

In the following article we propose to approach the interpretations realized by the different branches of the Argentinean political left about the Paraguayan War, during the decades of 1950 and 1960. To this aim, we will consider the cases of Álvaro Yunque, Jorge Abelardo Ramos and Milcíades Peña, paying important attention to the concept of “nation” elaborated by each one of them and their conceptions about the historical time.

Introducción

La guerra que enfrenta a la Triple Alianza –conformada por Brasil, Argentina y Uruguay- contra el Paraguay se nos presenta como un episodio central en la historia del

continente, que se resiste a ser reducido a un hecho bélico. Si la guerra del Paraguay ha sido objeto de numerosos debates y polémicas es precisamente por el significado que ha tenido para los países en ella involucrados. Para la Argentina, el enfrentamiento significó un parteaguas en su historia, en el sentido de que constituyó uno de los momentos claves en la consolidación del Estado nacional. De esta manera, la guerra contribuyó a la profesionalización del ejército, al disciplinamiento y a la nacionalización de las masas, a la represión de las disidencias internas, a la afirmación de las fronteras y a la reafirmación de un proyecto político-económico. Por otro lado, para quienes inscriben a la guerra en un contexto mundial de surgimiento del imperialismo y de configuración de un mercado internacional, la contienda sienta las bases para una dependencia –por parte de todos los países beligerante- cada vez mayor con respecto a Inglaterra.

Si para Argentina la guerra marca un punto de inflexión, para el Paraguay abre una nueva era. Tras el fin del conflicto en 1870, un país que había logrado un importante desarrollo económico autónomo y con una independencia política que lo diferenciaba de los demás países de la región, queda totalmente devastado, con la población masacrada, y con una creciente dependencia, no sólo con respecto a los países victoriosos sino también con Inglaterra¹. Otro de los aspectos que merece ser resaltado es el surgimiento de un determinado nacionalismo como resultado de una necesidad impuesta por la guerra. Éste fue vehiculizado y afianzado por el gobierno de López mediante el proceso de homogeneización dentro del ejército, a través de las fiestas populares impulsadas por el Estado y mediante la difusión de periódicos escritos totalmente en guaraní².

La Guerra Grande no permaneció al margen de las indagaciones históricas que han realizado las distintas corrientes de la izquierda. En tanto que éstas trataron de pensar y construir un proyecto de poder a largo plazo, no pudieron dejar de hacer una lectura propia de la historia argentina, de la manera en que todo proyecto político, aun los más desmemoriados, requieren ensayar una lectura del pasado para justificarse y proyectarse en el presente. Así, las diferentes corrientes que conforman el espectro de la izquierda se lanzan a un debate tanto con una historiografía tradicional –tanto liberal como nacionalista- como así también se sumergen en una álgida polémica al interior de ella misma. La guerra

¹ Debemos tener en cuenta que la tesis en torno al desarrollo paraguayo ha sido matizada, tratándose de una discusión que todavía sigue abierta y prestándose a distintas interpretaciones. Para profundizar en torno a este tema, véase uno de los aportes más recientes: Whigham, 2013.

² Véase Whigham, 2006.

de la Triple Alianza permite, además, abordar una serie de problemas que tienen una centralidad dentro de los problemas políticos de su presente, como el tema de la dependencia, la conformación del Estado, la construcción de la clase dominante y el papel de los sectores populares.

Resulta interesante pensar la soltura con que ésta ha pensado la guerra del Paraguay. Si la izquierda pudo abordar este tema sin tantos pudores fue porque no se sentía parte ni responsable del proceso que había llevado a la masacre de todo un pueblo y a la destrucción de su soberanía. Este punto contrasta abiertamente con las posiciones del liberalismo del siglo XX, para quien la Guerra Grande resulta un tema por lo menos incómodo, cuando no inabordable e inaprehensible desde los marcos impuestos por la imagen y la tradición que esta corriente ha construido de sí misma. Esto explica el silencio que se ha construido en torno a un hecho tan traumático como lo fue la guerra del Paraguay, que se evidencia en su ausencia en los ámbitos académicos y en los planes de estudios de las carreras de Historia. Para un liberalismo que insiste en la idea de “consenso” como forma central de la construcción política actual y que se esfuerza en hallar en cada momento de la historia argentina no la ruptura ni el conflicto sino una continuidad de ese modelo, la única opción que se le presenta frente a la Guerra Grande, es un silencio sepulcral. Hacerse cargo de este genocidio implicaría centrar la lectura de la historia, remarcando el carácter violento que conlleva la construcción estatal, donde la “construcción de consensos” o “tramas societales” forman parte de un proceso que está empapado de violencia.

Recorriendo la lectura realizada por los autores de las diferentes corrientes de la izquierda argentina en torno a la Guerra del Paraguay, si bien rastreamos una misma voluntad de ir a fondo en sus análisis, para desentrañar y comprender sus consecuencias, lejos están de haber construido una visión unívoca en torno a este acontecimiento histórico. Los tres autores aquí analizados –Álvaro Yunque, Jorge Abelardo Ramos y Milcíades Peña- utilizando un vocabulario y un corpus teórico que halla su raíz en el marxismo, no se destacan por sus similitudes y puntos de encuentro, sino que brillan por sus flagrantes disonancias, que hallarán su correlato en las profundas diferencias en las construcciones políticas que estructuran en su presente.

Álvaro Yunque

Si bien los orígenes del Partido Comunista en la Argentina se remontan a 1918, la construcción de una lectura propia de la historia argentina será un proceso más tardío y

lento, que se irá anudando en relación a las exigencias de la vida partidaria como así también a las coyunturas internas y externas que irán agravando la necesidad de erigir una visión original.

En los inicios del PCA, todavía es muy marcada la influencia que ejerce el viejo Partido Socialista tanto en sus concepciones teóricas como organizativas. Esto habría que pensarlo en función la disputa por la legitimidad con un partido que ya había construido una cierta tradición en el movimiento obrero y la sociedad argentina. De todas maneras, Omar Acha plantea que en estos primeros años son casi inhallables las referencias a temas históricos en las publicaciones partidarias, más allá de algunas referencias, escasas y difusas, a ciertos hechos de carácter internacional, como la reivindicación del 1º de mayo y de la revolución rusa.

La nación y su historia comenzarán a constituirse en objeto de una reflexión más sistemática para los cuadros e intelectuales del PCA durante la década de 1930. Si bien ya se había producido un giro hacia lo local durante los años 20s como producto del estancamiento del ascenso revolucionario post primera guerra mundial, en los años 30s este proceso adquirirá mayores dimensiones. Este esfuerzo por pensar el pasado nacional se vincula a una multiplicidad de factores. Generalmente, esto ha sido pensado en relación a los virajes tácticos de la Internacional Comunista, especialmente a la adopción del Frente Popular a partir de 1935, lo que obliga a esta organización a establecer vínculos con un conglomerado de fuerzas a las que se juzga como progresistas. Sin embargo, hay quienes que, sin dejar de lado este factor, insisten en darle un mayor peso explicativo a las cuestiones de la realidad política argentina. En tanto que el PC empieza a adquirir una gravitación notoria en la vida política argentina, a partir de su creciente inserción en la clase obrera y su despliegue de una intensa actividad política y cultural, esta realidad lo va obligando a comprometerse en realizar una lectura propia de la historia. Creemos que tampoco hay que desconocer las consecuencias que tuvo el golpe de Estado de 1930 para los sectores de la izquierda; el clima represivo que reina a partir de septiembre obliga a las distintas tendencias a entablar canales de diálogo³. La interpretación de la historia que nace de este proceso –según Acha- tiende vínculos “reivindicatorios” con las élites liberales, ya que en su visión liberal y democracia, éstas se constituyen en vectores del progreso.

³ Véase Acha (2009) y Cattaruzza (2007: 169-189).

En esta labor de pensar el pasado, uno de los autores que se destacó desde época temprana dentro de la órbita del PCA fue Álvaro Yunque. En el recorrido propuesto en su *Breve Historia de los Argentinos* aparece como una constante esta reivindicación de las élites y su proyecto liberal. Esto nos permite comprender la reivindicación de la revolución de mayo como el momento de entrada de los territorios del Río de la Plata en la senda inexorable del progreso, que encuentra su continuación en la “feliz experiencia” de Rivadavia y se ve interrumpida durante el rosismo. Este último es visto como un retorno al pasado colonial y, por ende, un desplazamiento de la incommovible linealidad propuesta por el progreso. Esta senda va encontrar sus continuadores en figuras como Urquiza (en menor medida que los siguientes), Mitre, Alberdi y Sarmiento.

La guerra del Paraguay no escapa a esta lógica de pensar los procesos históricos desplegada por Yunque. En este sentido, Paraguay representa el ayer, la rutina, el atraso, lo vetusto, en contraposición al progreso, a lo nuevo, lo moderno, lo civilizado, encarnado por Buenos Aires. Desde el principio, nos advierte que lo que generalmente se presenta como una guerra entre naciones es, en realidad, una “guerra de clases”, ya que en la contienda se batan, por un lado, las fuerzas vivas del capitalismo industrial y, por el otro, los últimos restos del feudalismo americano. En la retina de Yunque, el desenlace del enfrentamiento está dado de antemano. La guerra no puede ser sino a muerte; no hay posibilidad de paz alguna sin la derrota del Paraguay. Por más entrega y sacrificio del pueblo paraguayo, la “razón histórica” terminará entrando en Asunción.

En esta lectura –diferente de la de otros autores de izquierda- la guerra grande aparece totalmente escindida del contexto político interior que vive el Río de la Plata. La guerra no representa la voluntad de Mitre de exterminar un modelo que lo incomoda, de disciplinar a los sectores subalternos y afianzar la hegemonía porteña. Mitre hace la guerra porque se ve forzado: “era Mitre un instrumento en manos de la evolución. Representaba la razón histórica. Fuerza nada sentimental, pero invencible” (Yunque, 1984: 85). En función de esta lógica, la guerra de la Triple Alianza no forma más que una de las tantas secuencias de la expansión del capitalismo a nivel mundial, como lo fue también el avance sobre Asia y África.

La figura de Mitre, en la obra de Yunque, adquiere una doble dimensión, en el sentido en que es juzgado con dos criterios distintos. Cuando se refiere al Mitre “constructor de la nación” se realzan sus dotes como estadista, político y general, poniendo de relieve su

capacidad creadora y enfatizando su protagonismo como sujeto histórico. Esta dimensión subjetiva se pierde al pensar la guerra del Paraguay. En los análisis de estos sucesos lo subjetivo cede ante la presión “inexorable” de lo objetivo, Mitre se convierte en un simple títere de la lógica histórica y en el más fiel representante de su clase. Sin embargo, estas dos visiones acerca de la figura de Mitre no se contraponen, sino que se combinan para hacer de él uno de los personajes más grandes de su tiempo, emparentándolo con una “genealogía de constructores de la nación” que se inicia con los hombre de mayo, continúa con Rivadavia y Urquiza y prosigue con Mitre, Sarmiento y Roca.

Por oposición a Mitre, López forma parte de una “estirpe de dictadores”, que tiene sus orígenes en la Dictadura Perpetua. Frente a la “grandeza moral” y el “espíritu democrático” del fundador de “La Nación”, el mariscal sintetiza el feudalismo, el localismo, el terror, la barbarie. En pocas palabras, para Yunque, López simboliza lo que tiene que morir. En la construcción histórica de Yunque lo único rescatable del Paraguay de López – y de López mismo- es el incuestionable coraje con el que se baten en los campos de batalla. Ese rescate únicamente del coraje no se opone al arcaísmo con el que son presentados el Paraguay y su gobierno, más bien es uno de los rasgos que caracteriza a la “falta de civilización” con la que es presentado el pueblo guaraní. Así, se realza lo emocional, lo sentimental como contrapartida de lo racional. En esta interpretación resuenan los ecos de la lectura que ensayó Sarmiento sobre la figura de Juan Facundo Quiroga, como también lo que retumba son las deudas del Partido Comunista con la tradición liberal.

Nunca se dejará de reconocer el carácter impopular de la guerra. Así todo, los movimientos de oposición a ésta no ocupan ningún lugar en su *Breve Historia de los Argentinos*. Tampoco aparecen los sectores que encarnan esta protesta o los objetivos y las causas que los movilizan. Simplemente, son puestos en escena como un mero dato, como obstáculo que retarda el avance del progreso. Esta guerra, caracterizada como la más dolorosa e injusta de todas, es también la más necesaria. Y es en esta necesidad que encuentra su única justificación. En palabras del mismo Yunque (1960: 289) “Al fin, el ayer es vencido por el presente. (...) Por eso será vencido López. A pesar de que, desde un punto nacionalista, a él le pertenece la razón, a pesar de que se le agrada injustamente; la razón histórica no es nacional sino humana. A López lo derriba el progreso (...)”.

Jorge Abelardo Ramos

Los orígenes de la izquierda nacional se remontan a los primeros años de la década de 1940. En el marco de un nacionalismo que venía en ascenso desde la década anterior y con la irrupción del peronismo en la escena política, empezarán a modelarse ciertas condiciones políticas, culturales y sociales que permitirán una especie, o más bien un intento de alquimia, entre la cuestión nacional y la tradición marxista. Si bien los grupos que se hacen cargo de esta problemática comienzan a desarrollarse en los años 40s, recién alcanzan cierta trascendencia tras el golpe de Estado de 1955. Con un peronismo dividido, con una coyuntura política que, atravesada por una alta conflictividad social, le impone nuevas formas de lucha y de organización al movimiento obrero, estos grupos encuentran un clima favorable y oídos receptivos para su prédica, que comienza a vislumbrar en el peronismo un movimiento revolucionario que llevará adelante las tareas tanto socialistas como de liberación nacional.

La izquierda nacional se encuentra en permanente diálogo con otros grupos, cuyos límites son difusos y no son fácilmente delimitables. Si bien provienen de distintas tradiciones y no convergen en una misma opción política, tienen como elemento común la novedad, dentro de la izquierda argentina, de abordar el problema de la nación a partir del entrecruzamiento con ciertas categorías del marxismo, a la vez que se presentan como una alternativa a la izquierda tradicional⁴.

Tanto Kohan como Acha coinciden en que el mayor aporte realizado por la izquierda nacional se encuentra, sobre todo, en el plano de la historiografía, que encontró en Jorge Abelardo Ramos su mayor exponente. Esta producción se vio acompañada de una intensa labor de difusión, lo que contribuyó a que muchas de las obras impulsadas por esta corriente empezaran a convertirse en una referencia constante en el debate político-cultural en la Argentina. Pero esta difusión no quedó circunscripta al ámbito de la producción historiográfica. También se impulsó la publicación de distintas obras desde la editorial Coyoacán como así también se propiciaron acercamientos con distintos artistas plásticos, entre los que resaltaba la figura de Ricardo Carpani, que durante mucho tiempo permanecerá ligado a esta tradición.

Como dijimos anteriormente, el problema de la nación se constituye como el eje

⁴ Kohan (2000) distingue tres grandes corrientes: la de la izquierda nacional, fundada por Aurelio Narvaja y Ángel Perelman, posteriormente proseguida por Abelardo Ramos; la del nacionalismo popular, cuya figura prominente es Hernández Arregui; la del nacionalismo revolucionario, donde ubica tanto a R. Puigrós, A. Eguren y J.W. Cooke.

articulador de la imaginación histórica de Abelardo Ramos. En todo su relato se encuentra presente la dicotomía entre nación e imperialismo, cuestión que además tiene la fuerza de ser el problema fundamental en su tiempo presente. Los distintos personajes históricos que recorren las cientos de páginas escritas por Ramos son juzgados en función de su contribución a la autonomía nacional o a la perpetuación de la dependencia. Si bien el anhelo de Ramos fue construir una visión histórica que soltase amarras con la tradición liberal, la que según él va mucho más allá de la producción mitrista y se extiende tanto a la Nueva Escuela Histórica como a la lectura ensayada por el Partido Comunista Argentino, la forma de pensar y escribir esa historia sigue siendo la misma. En su narración hay una pervivencia de elementos tradicionales, en los que se destaca una historia política protagonizada por grandes hombres. Lo que cambia es la valoración; en el panteón de los héroes nacionales ya no tendrán lugar Rivadavia o Mitre sino los caudillos del interior, que para él representan el interés nacional sobre lo extranjero. Ese panteón sufre una modificación geográfica; los nuevos héroes a rescatar ya no provienen de la ciudad-puerto sino de un interior “autóctono” que salvaguarda las tradiciones nacionales.

En el recorrido histórico propuesto por Abelardo Ramos, la discusión en torno al conflicto entre Buenos Aires y el interior –ambos representando dos proyectos políticos distintos- se convierte en uno de los núcleos centrales de su historia política. Si Rivadavia representa la secesión de Buenos Aires, Rosas, en cambio, marca la preeminencia porteña en base a una frágil alianza con las provincias. En su *“Historia política del Ejército argentino”*, la centralidad de la política rosista descansa en garantizar la exportación ganadera a cualquier precio. Rosas no aparece ni como el tirano presentado por la historiografía liberal ni como el defensor de la soberanía nacional que presentan los revisionistas. Sin embargo, en medio de personajes como Rivadavia, Lavalle, Mitre, Rosas es quien representa los intereses más nacionales.

En la lectura ensayada en *“Revolución y contrarrevolución en la Argentina”*, el urquicismo aparece como el sueño frustrado de organizar el país con preeminencia del interior sobre Buenos Aires, federalizando la Aduana y los recursos y fracturando las lógicas centralistas que venían primando desde hacía tiempo en la política rioplatense. Urquiza no representa los intereses de las masas pauperizadas del interior; como representante de los estancieros entrerrianos no encuentra ningún inconveniente en vincularse como socio menor de la oligarquía porteña, mientras le sea garantizada la exportación de sus productos.

Esta oligarquía bonaerense es considerada por Ramos como opuesta a los intereses de la nación. Esta oposición no es circunstancial, sino que se trata de la manifestación del rol que ocupa esta clase dentro de la estructura económico-social rioplatense. Mitre no sólo sintetiza los intereses de los estancieros porteños sino también de la burguesía comercial porteña. En última instancia, en la visión de Ramos, no existe una diferencia fundamental entre estos dos sectores: ambos tienden a desvincularse de los “destinos de la nación”.

Si hay un suceso que permite ver, según la óptica de Ramos, el carácter eminentemente anti-nacional de los sectores dominantes es, precisamente, la guerra del Paraguay. El primer argumento que trata de desmontar es el relativo a las causas del aislamiento paraguayo. No ve en éste el producto de una casualidad histórica o de la voluntad del “dictador supremo”, sino más bien la consecuencia de las guerras de independencia, cuya manifestación más clara será la “balcanización” del territorio latinoamericano. Los gobiernos de Rivadavia y de Rosas habrían contribuido al acentuamiento de este aislamiento, negándole la libre navegación de los ríos.

Son las condiciones que impone el aislamiento lo que obliga al Paraguay a poner en marcha un proyecto de desarrollo autónomo. Éste se verifica en la inexistencia de una clase terrateniente fuerte similar a la del resto de los países sudamericanos y la propiedad de la tierra por parte del Estado, en la construcción de un ejército de dimensiones considerables, en la fundación de siderúrgicas y fábricas de armamento financiadas con capital propio. Así todo, si el Paraguay no lograba nuclearse en una organización más amplia como la “Confederación Sudamericana”, Ramos consideraba que este desarrollo tiene límites muy precisos. Con esto, lo que se intenta derribar es la tesis del atraso paraguayo, esgrimida tanto por la historiografía liberal como comunista, que justifica la guerra como una cruzada civilizatoria y progresiva en el sentido que permitía la liberación de las fuerzas productivas. A través de sus distintos textos, Jorge Abelardo Ramos desestima abiertamente la idea de que la guerra del Paraguay es básicamente una conflagración entre distintos Estados. Más bien, ésta es pensada en clave de una guerra civil que se viene desarrollando desde la caída del poder español. En esta línea es que retoma a Alberdi, para insistir en las dos dimensiones de la guerra civil. Por un lado, el frente externo, con el Paraguay; por otro, el frente interno, contra las provincias. La eliminación del Paraguay supone acabar con un modelo de desarrollo autónomo que se viene gestando en el territorio del ex Virreinato del Río de la Plata y, a su vez, eliminar un faro de referencia para las

provincias del interior que podían ver en el Paraguay un intento de desarrollo capitalista que no suponía la supresión de ciertos patrones económicos y culturales que las masas reclamaban como propios, a la vez que demostraba que este desarrollo podía lograrse sin la sujeción al capital extranjero. La guerra en el exterior aparece como una avanzada más de la guerra “de policía” que Mitre venía llevando adelante en el interior y que es proseguida por Sarmiento. Ésta se traduce en una infinidad de incursiones de los ejércitos porteños para aplastar los movimientos montoneros. Podemos pensar que esta lucha se recruce con la invasión al Paraguay por varios aspectos. En primer lugar, por la impopularidad que tiene la guerra en las masas del interior, que ven en el Paraguay un pueblo hermano y en Buenos Aires un enemigo acérrimo. En segundo lugar, para Mitre se torna una necesidad imperiosa acabar con la resistencia en el interior, en tanto que esto le permite direccionar todos los recursos humanos y materiales a finalizar la guerra de la Triple Alianza. A un ejército hostigado en las líneas del frente, y golpeado en sus retaguardias, le resultaría imposible vencer al Paraguay de López.

Tal vez, un acontecimiento que deja traslucir todas las discusiones políticas de ese momento sea el levantamiento de Felipe Varela. En este se conjuga la oposición del interior a la guerra fratricida, la situación de malestar ante la continua pauperización y el derrumbe de su industria artesanal y la oposición de las provincias del interior a la construcción de un Estado nacional organizado desde la ciudad-puerto, que no contempla las necesidades ni las características propias del interior.

Para Ramos, las consecuencias de esta guerra, tanto para Paraguay como para el interior, van a ser desastrosas, en la medida en que supuso la desestructuración de sus modelos económicos. Aunque diferentes y con características disímiles, su colapso supuso la introducción de un mismo patrón económico-social que tiene su apoyatura en el principio del libre comercio, con la entrada masiva de productos y capitales de origen externo.

A diferencia de Yunque o Peña, este autor le asigna un papel preponderante a Inglaterra en los sucesos de la guerra del Paraguay. Según su lectura, uno de los pilares de la estrategia británica para América Latina había sido el constante esfuerzo en impedir una unión política entre las diferentes provincias que conformaban el virreinato. En este sentido, tanto la guerra al interior como la guerra al Paraguay habrían servido para reasegurar este desmembramiento con el fin de facilitar la apertura de nuevos mercados para los productos

ingleses. Así, Inglaterra se erigía como la principal beneficiaria del conflicto, sumando un nuevo país a la órbita de los países dependientes y aumentando su poder en toda la región, mediante el endeudamiento cada vez mayor de todos los Estados beligerantes, tanto del vencido como de los vencedores.

Otro autor que se ocupó de señalar el rol de Inglaterra en la guerra de la Triple Alianza es León Pomer. Aunque formado en la tradición del Partido Comunista, su interpretación se emparenta con la esbozada por la corriente de la izquierda nacional. En su libro *“Guerra del Paraguay. Estado, política y negocios”*, este historiador desarrolla como una de sus tesis principales la idea de que Inglaterra no habría jugado un rol neutral durante el conflicto bélico, ya que no sólo se habría visto beneficiada por sus consecuencias sino que habría estado fuertemente involucrada a partir de la instigación y del financiamiento de una guerra que se inscribe en un contexto internacional de crisis, en el que los británicos se ven forzados a buscar nuevos mercados, tanto compradores de sus productos como abastecedores de una materia prima tan preciada para su industria, como lo es el algodón. Así todo, al igual que en la interpretación de Ramos, la gran guerra no se encuentra desvinculada de la política interna argentina, sino tanto la guerra al Paraguay como la previa eliminación del gobierno blanco en Uruguay “fueron tenidos por Mitre como vital necesidad de sobrevivencia de su gobierno y de afirmación del proyecto liberal” (Pomer, 2008: 267).

Otro aspecto que comparten ambos autores y que rompe con la construcción que se había realizado desde la historiografía liberal y la comunista es la inversión de la vieja dicotomía sarmientina de civilización y barbarie. En su óptica, López encarnaría ciertos valores de la “civilización”, como serían su formación cosmopolita, su encarnizada defensa de la soberanía paraguaya y el desarrollo de un modelo económico-social autónomo, entre otras cosas.

A través de su análisis de la guerra y, particularmente, de sus consecuencias Ramos encuentra el argumento para dar por tierra la idea de que este conflicto jugó un papel civilizador, progresivo o progresista. La pérdida de autonomía del Estado paraguayo y su endeudamiento, la aparición del latifundio, la pauperización de los trabajadores paraguayos – caso extremo que se verifica en las condiciones de los yerbales-, y el genocidio de su población, no hacen más que verificar para Ramos la barbarie con que esta guerra había sido emprendida.

Milcíades Peña

La *“Historia del pueblo argentino”* constituye, según nuestro punto de vista, el intento más audaz e interesante realizado por la historiografía marxista de ensayar un recorrido de la historia argentina para comprender las claves de su estructura económico-social, las particularidades de sus clases sociales y los debates políticos que la atravesaron. Desde muy joven, Milcíades Peña se vinculó al mundo de la izquierda partidaria. En 1947, con sólo 14 años, comienza a formar parte del GOM, grupo trotskista liderado por Nahuel Moreno. A diferencia de otros intelectuales, que ingresaron al mundo del marxismo de manera independiente, Peña lo hizo a partir de una estructura partidaria donde comenzó su formación política y su producción intelectual. Muchas veces, sus investigaciones y sus lecturas estaban orientadas en función de las necesidades de la organización política.

Una de las notas características de la historia esbozada por Milcíades Peña es la centralidad que otorga a las clases sociales a la hora de explicar y comprender la dinámica de los procesos. Horacio Tarcus y Omar Acha señalan que es esto mismo lo que lo diferencia de otros historiadores de izquierda, ya que ven en Peña un esfuerzo más cabal por escribir una historia social que no se centre en las grandes personalidades. Cuando éstas aparecen, su accionar no es leído en términos individuales sino a partir del anclaje social y de las fuerzas que éstos representan. Un ejemplo de esto es el análisis de la figura de Rosas, en el cual se aleja de las explicaciones que se centran en las características individuales del personaje, para convertirlo tanto en el tirano más grande de la historia argentina como en el más fiel defensor de la soberanía nacional. En su visión, la obra y el gobierno de Rosas se entienden a partir de los intereses que éste defiende, como representante de los hacendados porteños. Otra de las señas despuntantes de la obra de Milcíades es su sentido trágico de la historia.

La tragedia es entendida en el sentido hegeliano del término, como “una situación que no tiene ninguna salida hacia adelante” (Peña, 2009: 27). Este ethos trágico se verifica en la incapacidad de las clases dominantes para poner en pie un proyecto nacional autónomo, como así también en la imposibilidad de las clases subalternas para elaborar un proyecto político-económico superador. Esta tragedia aparece de manera constante en la historia argentina.

El trabajo fundamental para pensar el drama del paraguayo es *“La era de Mitre”*. El hecho de que Milcíades hable de una era nos lleva a pensar que está viendo en el

período de ascenso y retroceso de la figura de Mitre, un segmento de la historia argentina que contribuirá a configurar aspectos sustanciales de la historia de la Nación.

Esta “Era” se inicia con el golpe dado por Buenos Aires contra las autoridades urquicistas el 11 de septiembre de 1852. En este golpe de mano, Milcíades ve la restauración del rosismo “sin Rosas y sin mazorca”, tanto por los sectores sociales participantes – básicamente viejos estancieros y la burguesía comercial porteña- como por su objetivo orientado a mantener la preeminencia de Buenos Aires sobre el resto de las provincias del Río de la Plata. A partir de este episodio, según la lectura de nuestro autor, Mitre comienza a erigirse como el representante más típico del liberalismo político porteño. En esta toma de posición inicial Peña vislumbra las características más salientes de este proyecto político: la defensa de la preeminencia porteña, la protección de los derechos aduaneros por parte de Buenos Aires, la estrecha relación con el capital extranjero – sobre todo inglés y francés- y la carencia de un proyecto político destinado a constituir una Nación y a desarrollarla en sentido capitalista.

La derrota de la Confederación se debió, en parte, a la misma heterogeneidad de ésta en términos sociales. En ella convivían tanto los estancieros del Litoral como las masas pauperizadas del interior; por lo tanto, la posibilidad de generar un proyecto alternativo al de Buenos Aires quedaba minada por la multiplicidad de intereses que se daban en su seno. Para este historiador trotskista, más allá del apoyo popular del que gozaban los estancieros del Litoral, los objetivos de éstos estaban más cerca de los de la oligarquía porteña que de las masas empobrecidas del interior.

Por otro lado, las Montoneras representaban a las viejas formas de producción artesanal del interior que se resistían a morir con la entrada de mercancías por el puerto de Buenos Aires. Pero éstas no podían constituir ningún proyecto progresivo; más bien por sus intereses, demandas y composición social encarnaban un proyecto regresivo. Aún apareciendo de este modo, éste es el momento del relato de Peña en el que las clases subalternas adquieren mayor visibilidad. Inclusive, llega a reivindicar algunos puntos del programa de Felipe Varela como vigentes todavía para la actualidad. De todo su recorrido histórico, la era de Mitre tal vez constituye el momento en donde mayor empatía establece con los vencidos de la historia, con los barridos por el progreso. Además, la omnipresencia de los levantamientos populares le permite desenmascarar la figura de Mitre y arrasar con el argumento liberal que veía a éste como un eslabón fundamental de

la genealogía democrática del país.

Rápidamente, Milcíades Peña se posiciona frente a la Guerra de la Triple Alianza, rebautizándola como guerra de la triple infamia. Para él, este enfrentamiento es la continuación lógica y la última etapa de la guerra de la oligarquía mitrista contra el Litoral y las provincias interiores argentinas. En este análisis resuena la lectura alberdiana de los escritos póstumos, sobre todo, para desestimar la idea de una guerra entre naciones y enfatizar el carácter de guerra civil, vinculándola directamente con las necesidades de la política interna. La conflagración cumple un rol fundamental –en el marco de la construcción del Estado- como forma de disciplinamiento de las provincias, como así también de los sectores subalternos en función de la creación de un mercado de trabajo.

Por un lado, la vitalidad económica del Estado paraguayo, impactaba sobre el viejo sueño de Buenos Aires de tener un control político y económico en todo el territorio del ex Virreinato del Río de la Plata. Además el modelo de desarrollo paraguayo se había convertido en un punto de referencia para muchas de las provincias interiores derrotadas. Por otro lado, otra conexión de la Guerra del Paraguay con las lógicas de la política interna en la región, estaba dada por el apoyo que había recibido el mitrismo por parte del Imperio brasileño en su lucha contra la Confederación. Esto sin lugar a dudas condicionaba la política exterior del gobierno de Buenos Aires.

En cuanto a la discusión sobre el aislamiento paraguayo, para Peña éste se debe básicamente al bloqueo político y económico que le fue impuesto desde 1810, al no someterse directamente a la voluntad de las nuevas autoridades porteñas. La misma pretensión de Buenos Aires de hegemonizar a todo el ex Virreinato bajo su poder fue estableciendo la posibilidad de un desarrollo propio en el Paraguay. Esta situación de aislamiento llevó a la clase dirigente de este país a levantar una economía defensiva, basada en el monopolio estatal de la tierra y de la comercialización de los productos de exportación. En este escenario y ante la inexistencia de una clase capitalista capaz de romper el aislamiento, fue el Estado paraguayo quien asumió la dirección de la economía. Así, en Paraguay, el Estado es el principal dueño de la tierra y posee el monopolio de los productos exportables, pero también fomenta la metalurgia y la educación. Para Milcíades Peña básicamente lo que la guerra de la triple infamia vino a interrumpir fue un modelo de desarrollo capitalista independiente.

Es este último argumento lo que lo lleva a condenar la guerra. Su visión del marxismo –

por lo menos aquel desplegado en sus escritos históricos- está totalmente impregnada por la idea de progreso, en el sentido de un avance de las fuerzas productivas. En este análisis, los procesos que permiten este avance son juzgados de manera positiva. Así, una condena en términos éticos no es más que un ejercicio estéril e ingenuo. Cuando ataca las causas de la guerra del Paraguay, lo que realmente está poniendo en tela de juicio es la caracterización del modelo económico paraguayo. De haberse tratado de una economía feudal, la misma necesidad del desarrollo de las fuerzas productivas habría justificado en sí misma el genocidio y la barbarie.

La guerra de la triple infamia constituye uno de los pocos hechos históricos en donde los análisis de Jorge Abelardo Ramos y Milcíades Peña poseen rasgos comunes. Comparten su condena, su caracterización como una guerra civil y ambos se sirven de Alberdi para argumentar en su contra. Así todo, entre ambos hay una diferencia fundamental, que gira en torno al rol de Inglaterra. Si para Ramos la guerra aparecía como consecuencia del accionar de una clase anti-nacional que se sometía a los designios del imperialismo británico; para Peña, en cambio, Inglaterra no juega ningún papel en el desenvolvimiento de la guerra. El papel de Inglaterra aparece como consecuencia de la guerra y no como una de sus causas; para él, Inglaterra no habría forzado el conflicto sino que en todo caso, en algunas ocasiones habría intentado impedirlo. Esto ni significa desconocer las ventajas que supuso la guerra para este país, que se convirtió en el mayor beneficiario. Éstas se tradujeron en la apertura de un nuevo mercado y en el endeudamiento masivo de los cuatro países que se vieron envueltos en la guerra.

En su ensayo, este historiador autodidacta no deja ningún resquicio para reivindicar algún aspecto la guerra del Paraguay y de la presidencia de Mitre en general. Lo único que puede ser resaltado como un elemento progresista o, si se quiere, por la nobleza del gesto es la continua resistencia que encuentra en las provincias del interior, como también en Buenos Aires, el genocidio del pueblo paraguayo.

Conclusión

Hemos hecho un recorrido mínimo por los relatos esbozados por estos tres autores, que representan a grandes rasgos las diferentes corrientes que se debaten en el seno de la izquierda argentina en los años *cinco* y *sesenta*. Si bien todos se reconocen hijos de la tradición marxista, lo que primero salta a la vista no son las coincidencias sino las

abismales diferencias que surgen de su interpretación de la historia argentina. Cabría preguntarse, entonces, ¿a qué se deben estas diferencias sustanciales? Frente a este interrogante, se alzan diferentes intentos de respuesta. En primer lugar, esto nos lleva a pensar que el marxismo no es un método cerrado ni una forma acabada de penetrar en la realidad sino que su riqueza la constituye el hecho de que se va construyendo a partir de los cruces permanentes con una realidad cambiante, sobre la que se dispone a actuar. Esto nos lleva a esbozar una segunda respuesta, que tiene que ver con el hecho de que estos tres historiadores estén pensando en distintas estrategias a la hora de hacerse cargo de ese imperativo de transformar la sociedad. Por último, esta disimilitud de miradas en lo tocante al pasado nacional refleja un intenso debate en el mundo de la izquierda y da cuenta de una corriente política que asume estos debates en tanto que busca gravitar en esa sociedad que se propone transformar.

Una de las diferencias más notorias que poseen se vislumbra a la hora de pensar la idea de “nación”. Si bien esta categoría no ocupaba un rol preponderante dentro de las preocupaciones marxistas, a medida que se iba consolidando el estalinismo, esta noción – junto con la del progreso- se torna común en el vocabulario de la izquierda, convirtiéndose en uno de los ejes articuladores de su lectura⁵. Tal vez en Yunque sea donde menos aparezca la idea de “nación”, primando sobre todo la idea de “progreso”. En los escritos que hemos analizado, la nación no aparece como un problema central o como una preocupación articuladora. Al pensar la historia como el despliegue de una razón histórica con fines universales, la nación no adquiere una gravitación propia como problema fundamental. El progreso –eje de su reflexión- se emparenta con la idea de civilización, con la cultura capitalista, con el liberalismo y con la democracia. Si la nación aparece, es como decantación del progreso o bien como una deuda explícita con la esbozada por la tradición liberal.

La idea de “nación” es el eje vertebrador del relato histórico propuesto por Abelardo Ramos. Su historia aparece atravesada por una dicotomía fundamental entre nación e imperio. Desde esta vara son medidos los procesos históricos, pero, sobre todo, sus personajes. Armado de un concepto de “nación” sumamente tradicional, vinculado a la idea del español como lengua madre y a la tradición, intenta otorgarle un sentido progresista, en la mixtura que realiza con categorías como “lucha de clases” e “imperialismo” y con la

⁵ Ver Acha (2009: 270).

distinción que establece entre un nacionalismo “oligárquico” y un nacionalismo “popular”. Este último constituye para él el verdadero nacionalismo, encarnado en el interior, en la figura de los caudillos, como también en personajes como López. A partir de esto se entiende que parte del recorrido histórico que propone esté tensionado por la dicotomía entre el interior y Buenos Aires, donde el primero aparece como el reservorio de lo nacional y lo autóctono, en contraposición a la urbe cosmopolita siempre presta a cumplir con las “obligaciones” impuestas por el imperialismo.

A diferencia de Ramos, Peña no hace de la contradicción entre nación e imperio su preocupación fundamental. La idea de nación, sin embargo, es recurrente en su escritura y aparece indisolublemente ligada a su visión trágica de la historia; la nación, entendida siempre a partir de su relación con la creación de un mercado interno y el desarrollo de una cultura industrial llevada adelante por una clase social que se proyecte como autónoma, aparece siempre como una promesa incumplida.

Otra diferencia reside en la caracterización de la figura de López. Si bien Milcíades se niega a pensar a la guerra en términos civilizatorios y a ver en López la personalización de la barbarie y el atraso, tampoco hay una reivindicación acrítica de su figura, como sí la hay en el caso de Ramos. En la construcción de Peña no existe esta lógica binaria de enfrentamiento entre dos polos, donde uno encarna lo “nacional”, lo “autóctono” y lo “popular” y el otro, lo “anti-nacional”, lo “elitista”. Esta valoración tan distinta da cuenta de las disímiles necesidades políticas que guiaban a los tres autores analizados. La estrategia política de Yunque y Ramos los lleva a buscar en el pasado un ejemplo solvente de una burguesía nacional. Sin embargo, en este aspecto, estos dos autores se diferencian, ya que en su búsqueda los caminos no son los mismos, llevándolos a reivindicar personajes y proyectos políticos distintos. En Milcíades, en cambio, no hay ninguna necesidad o voluntad de rastrear en la historia una burguesía nacional, porque no existió ni va a existir. No es su preocupación política, ya que su análisis parte de la tesis de que por las características que el desarrollo del capitalismo ha tenido en América Latina, la burguesía no constituye una clase social capaz de llevar adelante las tareas básicas de liberación nacional.

A modo de cierre, se nos presenta otra divergencia fundamental entre estos tres marxistas. Tanto en Yunque como en Ramos existe una ansiada vocación de construir un panteón de héroes nacional. Si en el primero éste es básicamente el mismo que el del

liberalismo, en el segundo se lo construirá en función de cuánto han aportado a la autonomía de la nación (llegando a reivindicar a Roca por su origen provinciano). En definitiva, la operación es la misma. En cambio, en Milcíades Peña el proyecto fundamental y el programa de su historia giran básicamente en torno a la demolición de todos los mitos que se han construido en torno a la historia nacional. Los únicos personajes históricos que merecen cierta atención son Sarmiento y Alberdi, en tanto portadores de un proyecto de nación siempre inconcluso. Además, son reivindicados siempre en el momento que se encuentran más descentrados de su clase, cuantos más parias son en sus orígenes. En síntesis, son reivindicados en su tragedia, como intelectuales sin pueblo.

Bibliografía

Acha, O. (2009). Las izquierdas en el siglo XX, *Historiografía crítica de la historiografía argentina* (Vol. 1). Buenos Aires, ARG: Prometeo.

Cattaruzza, A. (2007). Historias rojas. Los intelectuales comunistas y el pasado nacional en los años 1930s. En *prohistoria*, año XI, número 11 (pp. 169- 189), Rosario, ARG.

Kohan, N. (2000). *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Buenos Aires: Ed. Biblos.

Peña, M. (2012). *Historia del pueblo argentino*. Buenos Aires: Ed. Emecé.

Pomer, L. (2008). *La guerra del Paraguay. Estado, política y negocios*. Buenos Aires: Ed. Colihue.

Ramos, J. A. (1959). *Historia política del Ejército argentino*. Buenos Aires: Ed. A. Peña Lillo.

Ramos, J. A. (1965). *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*. Buenos Aires: Ed. Plus Ultra.

Whigham, T. (2006). La guerra destruye, la guerra construye. Ensayo sobre el desarrollo del nacionalismo en Sudamérica. En *Nuevo Mundo*, Número 6.

Whigham, T. (2013) *La guerra de la Triple Alianza: Causas e inicios del mayor conflicto bélico de América del Sur*. Paraguay: Santillana-Taurus.

Yunque, A. (1984). *Leandro N. Alem. El hombre de la multitud*. Buenos Aires: CEAL.

Yunque, A. (1960) *Breve historia de los argentinos*. Buenos Aires: Ed. Futuro.